

ALFONSO SASTRE

LAS NOCHES
LÚGUBRES
(SELECCIÓN)



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2020

Ω



Alfonso Sastre nació en Madrid en 1926. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Fue uno de los organizadores del Teatro Universitario, y fundó los movimientos teatrales Teatro de Agitación Social y Grupo de Teatro Realista. Entregado con enorme vocación a escribir para la escena, ha venido a ser uno de nuestros más interesantes dramaturgos. Su obra ha despertado interés en todo el mundo y son muchos los países de Europa y América

donde sus obras se representan y comentan con entusiasmo. Ha sido traducido al francés, inglés, italiano, griego, ruso, alemán, sueco, portugués... Pero su vida como escritor no se limita, como es frecuente en los autores de teatro, a la publicación de sus dramas: también publica ensayos, narración y crítica. En colaboración con otros autores ha intervenido en la elaboración de numerosos guiones para el cine y también ha realizado algunas adaptaciones para el teatro.

Entre su vastísima obra publicada debemos destacar: Escuadra hacia la muerte; La mordaza; El pan de todos; Ana Kleiber; La sangre de Dios; El cuervo; Muerte en el barrio; La cornada; En la red; Guillermo Tell tiene los ojos tristes; Oficio de tinieblas; Medea; Los acreedores; La Dama del Mar; Mulato; Cargamento de sueños; Tierra roja; Asalto nocturno; Prólogo patético; El cubo de la basura; Drama y sociedad; Anatomía del realismo; El paralelo 38; Historia de una muñeca abandonada; y Las noches lúgubres, libro de narraciones del que hemos seleccionado los textos que figuran a continuación.

La puerta

Estoy seguro de que no hay nadie más que yo en mi casa. ¿Quién iba a haber, si vivo completamente solo? Pero es que, además, al volver de la calle, he cerrado muy bien la puerta y he mirado, como es mi costumbre, dentro de los armarios y debajo de las camas (lo hago así por si algún extraño hubiera aprovechado mi ausencia para entrar), y todo estaba en orden.

Luego he entrado en esta habitación, que es mi dormitorio, y he cerrado la puerta. Me he desnudado y me he metido en el lecho.

Por eso me extraña tanto que el pestillo se haya movido y que la puerta del dormitorio se esté abriendo lenta y silenciosamente.

El descendimiento

A lo largo de la verja del Jardín Botánico había hace muchos años una especie de feria permanente del libro de lance. No me gustaba visitarla, a pesar de mi inmoderada afición a los libros, porque aquella calle (no recuerdo ahora su nombre) presentaba una profunda cuesta, penosa para mi triste condición de inválido. El paraje, hoy desértico, era sin embargo muy agradable, y un día me decidí a pedir al muchacho que me acompañaba en mis paseos —una especie de enfermero no profesional, pues era estudiante de Comercio— que me llevara a ver aquellos puestos del Jardín Botánico, con

la esperanza de encontrar entre ellos un librito que publiqué en mi adolescencia y del que no conservaba, para mi desdicha, ningún ejemplar.

Empezamos el recorrido desde lo que era la glorieta de Atocha, es decir, por abajo, e iniciamos la ascensión, no sin advertir al enfermero —¿he dicho (creo que sí) que no era un enfermero profesional?— que si se cansaba de empujar mi cochecito de ruedas, me lo dijera para que descansáramos un poco frente a cualquier puesto cuya exposición de libros encerrara un especial interés.

El puesto número 1 (lo recuerdo) no tenía más que noveluchas francesas antiguas de escaso interés; autores hoy olvidados como Butor, Segan ({{2}}), Roberillet. En el 2, sin embargo, encontré un libro raro de un autor extremeño del siglo XX —Sánchez de Ferlosio— titulado *Las industrias de Alfan Hui*, por el que el librero me pidió una fuerte cantidad. No disponía de mucho dinero y decidí seguir, por si encontraba algo de más acuciante interés; en caso contrario, adquiriría el libro de Sánchez de Ferlosio al desandar lo andado.

No voy a describir detalladamente mi ascenso hasta el fin de la cuesta, que desembocaba en el parque del Retiro, ocupado hoy por el gigantesco cráter atómico. Baste con decir que en el puesto 7, me fijé, con la misma intención de adquirirlo a la vuelta, en un viejo ejemplar de Obras Políticas; en el 21, localicé una bella edición del *Quijote*; en el 28, una inencontrable edición portuguesa de dos obras teatrales de Alfonso Sastre, cuya prematura muerte dio al traste con su incipiente talento (hubiera podido llegar, en mi opinión, a ser un Benavente o un Echegaray); y, en fin, en el antepenúltimo, me fijé en un ejemplar bastante deteriorado del *Almanaque Hispano Americano* de 1927.

Seguí hasta el final, es decir, visité los dos últimos

puestos, sin encontrar nada interesante. Entonces hice una seña al joven estudiante de Comercio para que diera la vuelta al cochecito y apresté mi cartera para adquirir los libros señalados o, por lo menos, todos los que, de ellos, estuvieran al alcance de mi modesto bolsillo. El joven hizo girar el coche y vi ante mí la cuesta descendente. Empezó el descenso o, por mejor decir, el descendimiento.

Mi primera decepción se produjo al comprobar que el *Almanaque Hispanoamericano* acababa de ser vendido. Y no sólo eso, sino que ya habían cubierto el hueco con otro libro —no sé qué cosa técnica— que no me interesaba en absoluto.

Seguí bajando. La edición portuguesa de Sastre tampoco estaba ya en el lugar en que acababa de verla. Pensé que otro lector, con mis mismos gustos, manías e inquietudes, estaba rondando las casetas de la feria; esto me pareció evidente cuando advertí la desaparición en la 21 de la lujosa edición del *Quijote*, y que en la 7 ya no estaba el ejemplar de las Obras Políticas. Cuando vi que en la 2 no había rastro del libro de Sánchez, un escalofrío —como se decía en los antiguos boletines— recorrió todo mi cuerpo. Me sentí cercado, cazado por mi invisible doble intelectual.

Me volví, con intención de decir algo, hacia mi joven enfermero, pero entonces observé con espanto que el muchacho había desaparecido. En su lugar, un viejo cuyo aspecto se me antojó siniestro (pero que ha resultado un excelente compañero de mi vejez) me sonreía. «¿Quiere algo, don Lisardo?», me dijo amablemente. «¿Y Carrasco?» (éste era el apellido del joven estudiante de Comercio). «¿Mi sobrino? Murió en la flor de la edad. ¿No lo recuerda? Desde entonces ocupó yo su puesto, y a mucha honra, señor», dijo el viejo, que re-

sultó llamarse Tobías; el cual me acompañó dulcemente a mi casa y es hoy, como acabo de decir, el inseparable báculo de mi vejez. Me quiere mucho y yo sé que más de una vez él ha impedido, con su devoción y sus buenas razones, mi internamiento en una casa de salud, que es lo que pretenden los otros secuestradores, cuyas intenciones, al secuestrarme así, no llego, por más que lo pienso, a comprender»

La bruja de la calle de Fuencarral

Desde que me establecí en este pisito de la calle de Fuencarral he tenido algunos casos extraordinarios que me compensan sobradamente de la pérdida del sol y del aire; elementos, ¡ay!, de que gozaba en los tiempos, aún no lejanos, en que desempeñaba mi sagrado oficio en Alcobendas. Y cuando digo que tales casos me han compensado no me refiero sólo, desde luego, al aspecto pecuniario del asunto (tan importante, sin embargo), sino también a la rareza y dificultad de algunos de esos casos; rareza y dificultad que han puesto a prueba —y con mucho orgullo puedo decir que siempre he salido triunfante— la extensión y la profundidad de mis conocimientos ocultos y de mis dotes mágicas.

Pero ninguno de ellos tan curioso como el que se me ha presentado hoy a media tarde. Voy a escribirlo en este diario mío, y lo que siento es no disponer para ello de una tinta dorada que hiciera resaltar debidamente la belleza de lo ocurrido, que más parece propio de una buena novela que de la triste y oscura realidad.

Era un muchacho pálido. Cuando se ha sentado frente a mí en el gabinete que yo llamo de tortura, sus manos

temblaban violentamente dentro de sus bolsillos. Ha mirado la cuerda de horca —la cual pende del techo— con un gesto de mudo terror y he comprendido que lo que yo llamo la «preparación psicológica» estaba ya hecho, y que podíamos empezar. Después, él ha mirado la bola de cristal; que no es, ni mucho menos, un objeto mágico —no pertenezco a la ignorante y descalificada secta de los cristalománticos—, sino una concepción decorativa al mal gusto, a la tradición y al torpe aburguesamiento que sufre nuestra profesión, otrora alta y difícil como un sacerdocio, viciada hoy por el intrusismo oportunista de tantos falsos magos, de tantos burdos mixtificadores. ¡Ellos han convertido lo que antaño era un templo iluminado y científico en un vulgar comercio próspero e infame!

He dejado (en el relato, no en la realidad) al joven mirando la bola de cristal. Prosigo.

El joven miraba fijamente la bola de cristal, y yo le he llamado la atención en voz muy alta y solemne, como es mi costumbre: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» «Cuéntame tu caso, hijo mío», he añadido en cuanto he visto sus ojos fijos en los míos cerrados como es mi costumbre, pues es sabido que yo veo perfectamente a través de mis párpados; lo cual, sin tener importancia en realidad, impresiona mucho a mi clientela cuando describo los mínimos movimientos de mis visitantes.

El relato del joven ha sido, poco más o menos, el siguiente:

«Estoy amenazado de muerte por la joven María del Carmen Valiente Templado, de dieciocho años, natural de Vicálvaro (Madrid), dependienta de cafetería, la cual dice haber dado a luz un hijo concebido por obra y gracia de contactos carnales con un servidor; el cual que

soy de la opinión de que la Maricarmen es una zorra que anda hoy con uno y mañana con otro y que lo que ahora quiere, ni más ni menos, es cargarme a mí el muerto, o séase, el chaval.

»Mi nombre es Higinio Rosales Cruz, de veintinueve años, natural de Getafe, de profesión oficial de churrería, con domicilio en esta capital, en el Gran San Blas, donde tiene usted, señora bruja, su propia casa si de ella hubiese menester.

»Mi caso es que pretendo desgraciar a la Maricarmen de modo que me deje en paz la condenada, para lo cual después de leer algunas obras norteamericanas —que en esto, como en otras técnicas, los yanquis van a la cabeza— me he fabricado esta estatuilla de cera que representa a la andova en pelota viva, tal como yo la he tenido en la cama sin que ella, que es una sinvergüenza, le diera ni una pizca de garlochí; y vengo con la pretensión de que usted le endiñe, que usted sabrá el cómo y de qué manera, algún alfilerazo mortal, de modo que la tía golfa abandone esta jodida persecución, y me deje en la misma paz que para usted deseo: y hablando así no hago, con perdón de la mesa, más que seguir fielmente la doctrina pontificia de que nos dejemos en paz los unos a los otros.»

A lo cual yo he respondido levantándome y yéndome derecha al acerico; entre las cabezas multicolores he elegido una roja y la he clavado, con el debido ritual, en el sexo de la estatuilla, no por hacerle daño, sino tan sólo para impedir a la perdida que continuara su desordenada vida sexual; y acto seguido he penetrado en mi sanctasanctorum y he cogido con las pinzas de plata una de mis arañas locas, la cual que la he introducido en una bolsita de cuero, cuya boca he atado con un cordel. Otra vez en la cámara o gabinete (siempre con

los ojos cerrados, como es mi antiquísima costumbre), he puesto al cuello del joven el amuleto diciéndole: «Has de llevar esta bolsita, que contiene una sagrada piedra, sobre tu pecho, durante tres días y tres noches; ni una más ni una menos; pues ésta es la garantía de que esa tal desista de su persecución.»

Y (una vez abonado en caja el importe de la consulta) he acompañado al joven a la puerta y le he deseado, al despedirle, todo género de bienandanzas.

A esta hora en que escribo, el joven quizá esté durmiendo. Es seguro que no se ha dado cuenta de que no es una piedra, sino un peludo insecto, lo que lleva en la bolsita sobre su pecho. (Estas arañas locas mueven sus patas suavemente hasta el momento del ataque.) Ahora, por la noche, la araña conseguirá (por virtud de su ataque lunático) salir como acostumbra, por el desnudo cuerpo del muchacho, y mordeará por fin en algún lugar propicio —probablemente el pubis— con su repugnante mandíbula, que es, por otra parte, una mortal fuente de veneno. El joven morirá seguramente al amanecer entre atroces dolores, lo más seguro abdominales. Yo me he quedado aquí, desvelada. He cogido en mis manos la muñequita de cera. Su rostro se parece, inexplicablemente, al de mi hija pequeña, la cual murió hace un año por su propia voluntad, pues se cortó las venas en el cuarto de baño de una modesta pensión de Tetuán de las Victorias. Era camarera en un bar de la Ciudad Jardín.

En la autopsia se descubrió que estaba embarazada. Ahora, beso la frente de la muñequita, y lloro.

La mariposa en el cristal nocturno

De lo que voy a contar quedan testigos vivos que no me dejarán mentir; entre ellos, el licenciado Francisco de Segovia, la ilustre actriz Amparo Solari y el famoso director teatral Joe Gordon.

Yo era asesor literario de aquella compañía y realizábamos una gira por el norte de España. En Santander fuimos alojados en un viejo y destartalado chalet situado en el Sardinero, pero bastante lejos de la zona veraniega propiamente dicha; en un paraje solitario y tranquilo.

A la vuelta de la función nocturna, se celebraban —cosa nada frecuente entre actores— sesiones de espiritismo según el sistema llamado de la cruz móvil o indicadora. El clavo que unía los dos maderos señalaba (a veces, vertiginosamente) letras sobre un abecedario, y estas letras construían frases, en ocasiones sorprendentes. Bien es verdad que durante algunas veladas el fenómeno no se producía en absoluto.

Aquella noche habíamos representado un drama de Anouilh en la fachada del palacio de la Magdalena (por cierto que yo tuve la humorada de interpretar un personaje secundario de la obra) y, al terminar, entre las personas que nos prodigaban sus plácemes, encontramos a nuestro viejo amigo, el sanguinario estudiante —hoy licenciado en ciencias demonológicas— Francisco de Segovia, en cuya vocación por el estudio de lo que él llama «los humores negros del ser», puede (yo pienso) que influyera decisivamente aquella sesión a la que fue invitado por nosotros y a la que él aceptó asistir, con ánimo entre escéptico y divertido.

El estudiante Francisco de Segovia se sentó frente a mí, que estaba colocado de espaldas a un gran ventanal; éste daba (recuerdo) al oscuro jardín, frondoso y solitario. A mi derecha estaba la Solari y a mi izquierda el pálido Gordon. Lo recuerdo como si acabara de ocurrir.

El primer espíritu resultó ser burlón y hasta rióse ostensiblemente de nosotros, pues primero dijo llamarse Rupertino y haber muerto al año de edad para decir después que él era el alma de un conocido humorista (el cual había muerto el año antes). A mi pregunta sobre si a la sazón se encontraba en el infierno, dijo tan sólo: «¡Ja, ja, ja!», negándose a hacer más manifestaciones; después de lo cual se despidió.

El segundo manifestó rotundamente ser el espíritu de don Miguel de Unamuno, el cual quería hablarnos de una obra inédita y perdida, sobre cuyo paradero nos dio muy puntual noticia; la obra está enterrada en una vieja bodega propiedad de la familia Sánchez Mazas, en Coria. Su título es, si mal no recuerdo, *Toda mi sangre*. Unamuno nos pidió, por favor, que la desenterráramos y la diéramos a la estampa, cosa que, según mis noticias, no se ha hecho.

La cruz reposó sobre el papel, una vez que Unamuno se hubo ido, y el estudiante Francisco de Segovia declaró jovialmente que se trataba de una broma muy divertida «Sigamos, sigamos —dijo—, pues quiero observar el fenómeno y descubrir el truco.»

En esto, impensadamente, la cruz arremetió contra su cuello y Francisco de Segovia estuvo a punto de caer para atrás. Me miró con mudo reproche y yo le hice un gesto de que para nada había intervenido en tal provocación.

La cruz, agitada, golpeó entonces al pálido Gordon (la Solari dio un grito), y se precipitó sobre el papel del alfabeto con tal fuerza que en vez de deslizarse por su superficie, la rasgó con el clavo. ¡Era un espíritu endemoniado, lleno de furia y, al parecer, mudo!

—¿Quién eres? ¿Quién eres? —preguntaba Gordon con voz monótona fijando sus grandes ojos tristes en el horrible instrumento, cuyo clavo se había convertido en una espantosa amenaza para nosotros.

La cruz se estremeció violentamente sobre nuestros pulgares, como si una crisis convulsiva, de llanto, atacara de pronto a nuestro invisible y desesperado huésped.

—¿Qué tienes que decir? ¿Qué tienes que decir? —decía Gordon, que parecía haber caído en un estado hipnótico. Me fijé con espanto en las venas de su cuello hinchadas a consecuencia de su tensa concentración mental.

—Dejemos esto. Tiradlo por ahí... —propuso angustiada la Solari.

—No es posible —dijo un actor de la compañía; a todo esto, varios curiosos se habían acercado a la mesa—. Hay que ayudarle a irse. No se le puede dejar ahí, en la cruz —explicó el actor, experto en el sistema que estamos empleando.

—Despídete, despídete —insistió Gordon.

La cruz, como respondiendo a la orden, se movió hacia el papel, con intención —parecía— de expresar algo: ¿quizá decir «adiós»? Pero nuestra esperanza se desvaneció en seguida, pues el clavo empezó a señalar furiosamente letras, rasgando el papel por varios sitios.

—C... O... N... D... E... N... A... T... I... O...

Condenatio, ¡una palabra latina! Nos miramos con

asombro. La cruz se detuvo entonces un momento y vibró levemente como si su invisible habitante estuviera temblando. Por fin completó su frase, señalando con movimientos espasmódicos tres letras más: DEI.

—*Condenatio Dei...* Condenación de Dios —murmuró Francisco de Segovia: la violenta blasfemia azotó de pronto a los creyentes de la reunión y hubo, por un momento, como un pasmo de horror. La cruz, ahora, estaba inmóvil como si el blasfemo estuviera agotado o quizá sobrecogido por la gravedad de su propia audacia.

Ante la inmóvil cruz alguien hizo un comentario trivial, alguna broma, con el deseo de descargar la tensión del ambiente. Otro dijo con un suspiro de alivio:

—Se ha marchado.

La cruz, como respondiendo, tembló ligeramente,

—Está ahí —musitó alguien y yo sentí un escalofrío a todo lo largo de mi columna vertebral.

—Vamos, dejemos esto —insistió con débil voz la Solari.

—Despídete, despídete —decía suplicante Gordon.

De pronto, en el expectante silencio, Francisco de Segovia dio un grito horrendo y señaló, con los ojos desmesuradamente abiertos, hacia detrás de mí. Todos miramos. En el cristal de la ventana revoloteaba una mariposa nocturna.

Miré, interrogante, a Francisco de Segovia.

—He hecho un gran esfuerzo mental —explicó él con temblorosa voz— con la intención de que, si en verdad había tan misterioso huésped, se materializara en el exterior. Entonces —y señalaba a la revoloteante mari-

posa— ha aparecido «eso».

Miré a la cruz. Yacía inmóvil, yerta sobre el desgarrado papel, encima de la mesa.

Alguien, más decidido (creo que fue el apuntador), abrió el ventanal. La mariposa desapareció en la noche.

Hoy, en el momento en que escribo, tengo frente a mí una mariposa nocturna que revolotea alrededor de mi lámpara. La miro y pienso una vez más, con angustia, en aquel blasfemo, errante y desesperado, cuyo póstummo mensaje oímos.

La mariposa, ahora, revolotea en el cristal de la ventana. Dejo, por un momento, de escribir.

La miró con tristeza.

El Rostro

Yo no tengo espejo en el cuarto de baño (se me rompió hace días). Esa es la causa de que haya bajado a la calle ignorante de lo sucedido durante la noche. Bien es verdad que al lavarme la cara he sentido algo extraño: como la percepción, confusa, de que la piel de mi rostro se había endurecido y resquebrajado. «Es la resaca», he pensado, pues anoche hice un fuerte exceso con el alcohol hasta el punto en que alguien —yo no sé quién, pues lo último que recuerdo no es tal recuerdo de algo sucedido realmente, sino, más bien, la oscura huella de una pseudoalucinación alcohólica o de una pesadilla en la que una monstruosa araña me transportaba en sus enormes patas y me depositaba en el lecho—; hasta el punto de que alguien, decía, debió traerme a casa; qui-

zá Juan Luis o quizá Pedro, aunque también ellos estaban, me parece, muy cargados. Así pues, he pensado en la resaca, en el sentido de que seguramente sufría una modificación (pasajera) de la sensibilidad, como consecuencia de la gran cantidad de whisky ingerido durante la noche en las zahúrdas del *Elefante Cojo*.

«No debería beber tanto», me he dicho con aprensión. Y es que, además, no me siento muy bien desde algún tiempo; vivo aquejado por fuertes dolores de cabeza de muy curiosa índole, ya que se trata no de un dolor general, sino de determinados puntos neurálgicos muy definidos: la boca, las sienes, la nuca, y también un agudo dolor frontal, sobre el entrecejo.

Si esto se une a que soy enormemente delgado y alto —«un saco de huesos y de alcohol», dice de mí un colega—, se comprenderá mi inquietud y mi vago deseo de cuidarme un poco más en el futuro.

He bajado en el ascensor y he cruzado frente al portero, que no ha levantado su mirada del periódico para saludarme. Tampoco he visto a nadie en la calle y he cogido mi coche. La angustia y el mareo se han acentuado al tomar un poco de velocidad y he decidido pararme en algún sitio —el Parque del Oeste, a la vista, era una muda invitación— y restaurar mis fuerzas sentándome plácidamente entre los niños.

He aparcado mi coche y, cosa extraña, he pasado entre mucha gente que, abstraída quizá o preocupada en sus asuntos, amores o disputas, no se han dado cuenta de nada, de modo que he llegado sin contratiempos a un solitario banco del parque.

Me he sentado, aturdido. El mareo no remitía y he pensado con angustia que iba a verme forzado a devolver, lo que implicaba el riesgo de verme observado en tan

indignas condiciones. He sentido vergüenza y, con ella, un extraño calor en la cara; seguro —he dicho para mí— que me he ruborizado; y también he sentido vergüenza de mi vergüenza. Todo esto me ha producido una gran extrañeza, pues mi corazón está endurecido desde hace mucho tiempo (no en vano he sufrido lo que he sufrido desde la miseria de mi infancia a la catástrofe de Hiroshima) y me ha remitido (en medio de una náusea creciente) a mi lejana infancia.

Entonces he escuchado un grito de espanto y el aspecto del parque —silencioso y pacífico— se ha modificado de pronto. Una mujer estaba frente a mí; gritaba como una endemoniada, señalándome. Después, la mujer ha echado a correr gritando y ha venido más gente por las distintas veredas y avenidas. Estas gentes, al principio, se han acercado mucho, como para verme, pero en seguida se han replegado entre alaridos, y han ido formando un temeroso círculo expectante en torno a mí; poco a poco se ha hecho, al fin, un completo silencio. Yo, sin saber qué hacer, con ánimo de romper tan lamentable situación, me he levantado, y entonces se han reproducido los gritos y las carreras. Yo, haciendo un verdadero esfuerzo, he avanzado con la intención de llegar a mi coche y, en efecto, lo he conseguido, pues la gente, aunque me gritaba, huía a mi paso desordenadamente.

He llegado a mi casa. El portero, contra lo que yo esperaba, me ha saludado indiferente y ha vuelto a su periódico.

Estoy en mi dormitorio.

Me he mirado al espejo del armario.

Lo peor para mí —quiero decir, lo que más me cuesta ver de todo lo ocurrido— es que he perdido la barbilla y

que mi boca, si es que esto puede llamarse así, tiene una estructura extraña, pues se compone de tres pares de pequeñas patas articuladas que tienen su base alrededor de un orificio, el cual, al plegarse las patas, no es visible; se trata de la boca, esto es indudable, pero me produce un efecto muy extraño. Por lo demás —aparte la tonalidad grisácea que ha adquirido el conjunto de mi rostro y el hecho de que todo él tiene ahora una consistencia tegumentosa— no advierto otras modificaciones, si bien las neuralgias han reaparecido (salvo el dolor de la boca) y temo, para las próximas horas, nuevas transformaciones que, de producirse, me hundirán definitivamente en la desesperación.

Me he acostado y estoy inmóvil boca arriba, grabando estas impresiones en la cinta magnética; compruebo con alegría que puedo hablar aunque lo haga dificultosamente.

Pienso ahora (no sé por qué) en el portero que lee, abajo, su periódico, y reflexiono —también con extrañeza— sobre el hecho de que, en el caso de que a él le hubiera sucedido esta desgracia, yo tampoco me hubiera dado cuenta hoy, al pasar, de su metamorfosis. ¡A pesar de vivir ya más de dos años en la casa, su rostro me es completamente desconocido!

La Santa Hermandad

Cuando me capturaron los cuadrilleros de la Santa Hermandad, yo no sabía de qué se trataba y supuse que el error se aclararía pronto; pero no me escucharon. Por lo visto, se trataba de algo más grave que un puro asunto civil. (Aunque éstos, a veces, también pre-

sentan cierta gravedad, pues, como se sabe, los cuadrilleros de la Santa Hermandad están facultados no sólo para detener, sino también para juzgar y ejecutar las sentencias, las cuales, caso de ser de muerte, se realizan atando a un árbol al reo y acribillándole a saetazos hasta que muere.) El hecho es que los cuadrilleros, en este caso, cumplían, excepcionalmente, órdenes emanantes de otra organización, encargada ésta de velar por la pureza dogmática; me refiero a la Santa Inquisición (S. I.), por cuyos oficios siento un profundo respeto como cristiano viejo que soy y obediente y respetuoso con el dogma.

El caso es que estoy en un calabozo del Santo Oficio de Sevilla y acabo de saber que, por lo visto, se trata de un proceso de brujería.

He sido interrogado, para lo cual me han retorcido un tobillo hasta rompérmelo.

Les he dicho todo lo que sabía sobre las personas de mi pueblo —varias mujeres— que, al parecer, se dedican a prácticas de brujería; y ya me soltaban un poco para darme un respiro y ponerme en condiciones de firmar la declaración, cuando ha entrado un Alto Inquisidor y ha mirado compasivo mi colgante y tumefacto pie.

«Hermanos —ha dicho a los agentes de la S. I.—, paréceme que habéis hecho violencia al desdichado. Traedme su declaración, que yo la lea, y veremos si encontramos el modo de dejarle en paz para que proceda a la curación de sus llagas, las cuales no son, a fin de cuentas, sino un pálido reflejo de los sufrimientos de Cristo, de los dolores y martirios de su cuerpo, que no encontraron cura ni consolación, sino burla y desprecio por parte de tus hermanos de raza, perro judío», terminó, dirigiéndose a mí con ojos coléricos y llameantes.

Yo no podía hablar (tales eran mis dolores), pero deseaba decir al Alto Inquisidor cuál era mi verdadera naturaleza y cuánto error había en tenerme por judío, que no lo era, ni tan siquiera judaizante, pues sólo recuerdo que hubiera uno en mi pueblo y murió (a la mayor gloria de Dios) *sine efusione sanguine*, quiero decir que falleció en la hoguera.

Mientras yo, reducido a la mudez por las impresiones y dolores que tan horribles acontecimientos me producían, me retorció en el potro de la tortura (no he dicho que apenas podía moverme, pero el caso es que tenía las manos atadas a la tabla con una especie de alambre espinoso que me hería cruelmente las muñecas al intentar cualquier movimiento), el Alto Inquisidor leía mi declaración atentamente. Advertí con horror que los colores de su rostro se hacían pálidos y terrosos y que sus músculos se contraían con ira.

Rompió el papel de pronto y arrugándolo hizo como una bola de estopa que introdujo entre mis dientes; acto seguido, los agentes de la S. I. utilizaron sendos palos para hacerme tragar aquella masa de papel. «¿De modo —decía el Alto Inquisidor— que quieres reírte de nosotros? Entonces tendrás tu merecido.» Sentí que me asfixiaba y que un palo me desgarraba el paladar.

No sé lo que me habrán hecho después. He perdido el sentido. Ahora tengo el cuerpo lleno de sangre y no sé lo que me pasa en la columna vertebral; el caso es que no puedo moverme. Quizá han calculado mal mi resistencia y me la han roto; debe ser eso, porque al tratar de moverme, mi dolor es enorme. Quisiera hablar con mis hijos, con mis amigos y vecinos, que me adoran, para que se aclarara este error; pero sin duda estoy incomunicado. ¿Cuándo volverán a buscarme los agentes? Tengo miedo de que vuelvan a interrogarme no

sólo por el dolor, sino porque yo no sé qué es lo que quieren que les diga. Si lo supiera, estoy seguro de que lo diría, pues no puedo soportar más esta penosa situación.

Cuando vuelvan a maltratarme, haré un experimento: empezaré a decir los nombres de todas las personas que yo recuerde, a ver si acierto con el que ellos quieren escuchar, en el caso de que sea tan sólo un nombre lo que buscan. Si esto no diera resultado, estaré definitivamente perdido, pues si lo que ellos quieren que diga es una frase, ¿por dónde empezar? ¡Son tantas las palabras y tantas las combinaciones posibles! ¡Si al menos se conformaran con una oración simple! Entonces se trataría tan sólo de combinar una lista de sujetos, verbos (transitivos e intransitivos) y predicados o complementos (directos, indirectos y circunstanciales), sin olvidar, eso sí, la lista de los posibles genitivos acompañantes del sujeto. Pero ¿y si se trata de una oración compuesta? ¿Sería una oración coordinada? ¿Una subordinada?

Naturalmente, debo confeccionar una lista de palabras probables. Por ejemplo, los nombres de que he hablado antes he de considerarlos sujetos muy probables en este asunto. Como verbos, empezaré por «conspirar», «blasfemar», «asistir a aquelarres», «matar», «incendiar», «perseguir», «robar», «violar», etcétera. Como predicados, para los casos en que emplee el verbo «ser», ensayaré primero vocablos como éstos: «bruja», «asesino», «judaizante», «envenenador», etc.; y cuando se trate de verbos transitivos como «matar», y otros, empezaré (en calidad de complementos directos) por emplear vocablos como «niños», «cristianos», «inocentes», y aquí puedo (incluso) precisar algo más o menos con los nombres propios de algunos niños muertos o desaparecidos que yo recuerde. Por ejemplo, Pedro

González Torres mató al niño Julianillo Vega. O bien, Luis de Andrade y García «es» «judaizante». O bien, Maruja Pérez Lobo «asiste a aquelarres sabáticos», etc. Desde luego es un gran trabajo —y sucio y reprobable, lo sé— el que me espera, ¡pero es que tengo miedo a sufrir! ¡Tengo miedo a sufrir, Dios mío!

✠